

Capítulo XXXVIII.

Diego Mendez.

Allí empezaba también el río que hoy se conoce con el nombre de Veragua.

En él había dos canoas llenas de indios, cuya misión parecía no ser otra que la de observar á los españoles.

La llegada de Mendez los desconcertó.

Se acercó á ellos y les habló por señas.

Aunque trataron de demostrarles que su único objeto era pescar, no tardó en confirmarse en sus sospechas.

Una de las canoas se acercó á la orilla; los indios que las tripulaban saltaron en tierra, y Mendez observó que iban llegando una multitud de indios, los cuales, á juzgar por su actitud y su número, se dirigían

al puerto que habían colonizado los españoles, sin duda con el ánimo de sorprenderlos y anonadarlos.

Tal era, en efecto, su objeto.

Quibiam les había mandado rodear las casas de la colonia, lo mismo que los buques anclados en el río.

Desconcertado al ver que Mendez se acercaba á ellos, aplazaron la ejecución de sus planes y le trataron con bondad para disipar sus sospechas.

—¿Qué vienes á buscar aquí?—le preguntó el cacique que mandaba las tropas.

—Vengo á ver á Quibiam en nombre de mi jefe.

—Gran atrevimiento es el tuyo.

—¿Por qué?

—Porque Quibiam os ha dejado vivir en paz, con la sola condición de que no entreis en su ciudad. Además, hace poco ha experimentado una gran desgracia, y podrá ser muy bien que pagueis vosotros su mal humor.

—No abrigo recelo alguno; llévame á su presencia.

El cacique mandó que los llevasen en una canoa por el río hasta la desembocadura próxima al palacio de Quibiam.

La ciudad en que habitaba el rey de Veragoa estaba formada por muchas casas; pero á bastante distancia unas de otras, y separadas por espesos bosques.

La morada de Quibiam estaba situada sobre una colina.

Todos los alrededores de la ciudad estaban llenos de indios, y se notaban en todas partes preparativos de guerra.

La inesperada llegada de los dos españoles puso en gran inquietud á los indios.

Unima, que era el jefe de todas las fuerzas, apenas tuvo noticia de aquella intempestiva visita, envió un destacamento al encuentro de Escobar y de Mendez para impedirles que pasaran.

—En cuanto sepa vuestro jefe el objeto de nuestra venida,—dijo Mendez,—nos dejará pasar.

Al ver su insistencia, se presentó á ellos el mismo Unima.

—¿Quién sois?—preguntó.

—Yo,—dijo Mendez,—soy cirujano. Mi señor ha sabido que vuestro rey sufre las consecuencias de una herida mal curada, y deseando su alivio, me ha enviado con un asistente á ponerle bueno. En prueba de que vengo de paz, que mi único deseo es seros útil, tomad estos regalos que para vuestro jefe os manda el mio.

Unima se apresuró á anunciar á Quibiam lo que pasaba, y no bien avanzaron algunos pasos, tuvieron que retroceder ante un espectáculo horroroso que se presentó á su vista.

Quibiam, en el colmo de la desesperacion por la pérdida de Lianata, habia enviado á sus soldados á las tribus vecinas que le eran hostiles, y habia logrado que le llevasen trescientos prisioneros.

Los trescientos habian sido degollados por orden suya, y sus cabezas, ensangrentadas todavía, formaban un círculo terrible en torno de la morada del rey de Veragoa.

Mientras que se reponian, Quibiam, profundamen-

te irritado al saber la llegada de los españoles, daba órdenes á Unima para que no los dejase pasar.

Antes de que salieran á obedecerle, llegó un espía anunciando que los españoles, á pesar de los obstáculos que les oponian, avanzaban.

—¿Quieren perecer á mis manos?—exclamó Quibiam.—Pues bien, perezcan.

Un confuso griterío llegó á sus oídos.

Todas las indias que habia reunidas en torno del palacio de Quibiam, al ver á los españoles acercarse á la morada de su rey, comenzaron á gritar desafortunadamente, huyendo al mismo tiempo poseidas de un terror pánico.

Antes de que Quibiam se levantara para salir á castigar á los españoles, su hijo mayor, vigoroso, aunque adolescente todavía, se precipitó fuera de la morada de su padre, y lanzándose sobre Diego Mendez, le dió un golpe que le obligó á retroceder algunos pasos.

Dejándose llevar de su natural indignacion, hubiera Mendez atravesado con su espada á aquel insensato, que de una manera tan brutal le recibia.

Pero ni sus fuerzas eran bastantes para contener los ímpetus de aquel mozo: entre Escobar y él no podrian resistir el empuje de los indios, y les convenia averiguar lo que pasaba para volver á noticiárselo á Colón.

Sacó Mendez de su limosnero una cajita de unguento, y al ver á Quibiam, que se presentó en el pórtico de su palacio, le anunció que el único objeto que

allí le llevaba era aliviar el dolor de su herida.

—Mi señor el almirante,—le dijo,—agradecido á tus bondades y seguro de tu amistad, me ha enviado á cuidar tu salud.

Quibiam pudo contenerse, y para no despertar sospechas en los españoles, les hizo entrar en su morada.

Mendez apaciguó al jóven indio hijo de Quibiam dándole un peine y un espejo, y enseñándole á usarlos.

Esto sorprendió en extremo al indio, y tanto él como los demás que se hallaban próximos al palacio, pasaron el tiempo sumamente entretenidos con aquellos objetos, que tanto les embelesaban.

Quibiam manifestó á Mendez que no queria aceptar sus auxilios, y le dió orden para que se alejara en seguida, porque de lo contrario no podria contenerla furia de sus vasallos.

Lo que habian visto bastaba á los dos españoles para asegurarse de la actitud hostil de Quibiam.

Uno de los indios, prendado del espejo y del peine, se acercó á pedir objetos como aquellos á Escobar.

—Ven con nosotros,—le dijo,—y tendrán cuantos quieras.

Seducido por esta esperanza los acompañó el indio, y durante el camino pudieron averiguar por él las intenciones de su soberano.

Supieron que el proyecto de Quibiam era rodear los buques y las casas de los españoles á favor de la oscuridad de la noche y asesinarlos á todos.

Con inmensa ansiedad esperaban el almirante y los demás españoles á Mendez y Escobar.

—Cuando los vieron llegar y oyeron de sus labios la descripción de los preparativos que hacia Quibiam en contra suya; cuando el indio afirmó lo que decian los emisarios, Bartolomé, que hasta entonces no habia dudado de Quibiam, dijo:

—Es necesario ganarle por la mano. Yo mismo voy á partir con algunas fuerzas hasta la residencia de Quibiam; me apoderaré de él, de su familia y de los principales jefes de sus tropas, y llevándolos á España, los demás indios, súbditos de los Reyes Católicos, servirán de criados á los que queden establecidos en la colonia.

Hizo algunas objeciones Colon á los proyectos de su hermano; pero animado éste por Mendez y algunos otros capitanes, no tuvo más remedio que acceder á sus deseos.

Eligió ochenta hombres, entre los que iba Diego Mendez, y con ellos y con el indio, que halagado por la idea de tener el espejo habia revelado los planes de su rey, avanzaron en los botes, y por la costa llegaron á la embocadura del rio Veragoa, desembarcaron, y antes que los indios pudieran aperebirse de su llegada, comenzaron á subir la cuesta que conducia á la morada del rey.